

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2º quíntd.º

MADRID
10 de Noviembre de 1888.

Año IX.—Núm. 30.



LA VUELTA DE PONTE MOLLE (Cuadro de Hernández).



SUMARIO

GRABADOS: La vuelta de Ponte Molle (cuadro de Hernández).—La florera de Trieste.—Capítulo interesante.—Arboles jóvenes.—Contrastes.—La orfandad.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Explicación de los grabados.—La historia de la artillería española (continuación), por D. Mario de la Sala.—Cuestiones cubanas, por Sánchez-Romero.—Villamartin y los tratadistas de milicia en la España del siglo XIX (continuación), por D. Luis Vidart.—Don Juan Tenorio, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Sobre las instalaciones eléctricas en general: pararrayos, por D. Manuel Méndez.—Variedades y notas.—Cuento de amores (continuación), por D. Vicente Colorado.—Tragedias del arroyo; segunda parte: Honorina, por D. Juan Valero Martín.—Trova, por D. Carlos Miranda.—Pasatiempos.—Solución á los insertos en el número anterior.—Anuncios.

CRÓNICA

Es cosa que indigna y entristece, y llena el ánimo del patriota de tristísimos presentimientos, ver las carreras de caballos en completa desanimación y decaimiento.

Está visto que este pueblo es indigno de la civilización, é incapaz de sacramentos.

Un pueblo que acude presuroso á las carreras de velocípedos, esos chismes prosaicos, fáciles de manejar, cuyo precio está al alcance de todas las fortunas, y que, sobre no exigir ningún lujo de instalación, ni de alimentación, ni de abrigo, ni siquiera un veterinario especialista, sólo sirven para correr tanto como el mejor caballo y la mejor locomotora; para correr hoy y mañana y al otro día; para correr á todas horas, sin cuidarse del pienso, ni la montura, ni las yeguas.

Esto es un país perdido.

No conmoverse ante el esfuerzo realizado por *Amnesia ó Selected* después de seis meses de preparaciones, y ensayos, y friegas, y baños, y paseos filosóficos.

No sentir el interés que inspira el trasiego de inmensos caudales, al ver jugar las 4.000 pesetas de Fomento, que, sumadas á lo que importan las apuestas del público, dan un total de lo menos 20.000 reales en cada carrera.

Perder la chabeta ante un potro negro, redondo, brioso, de cabeza acarnerada, aparejado con jaeces andaluces y montado por un *jembro* así como el Niño de la Bola de Alarcón, y en cambio ver con indiferencia el esbelto cuerpo de lombriz y el cuello deliciosamente largo y en forma de escuadra de Ramsés VIII, el de las Navas.

Atracarse de accidentes variados, ó de ideas sorprendentes, ó de versos sonoros y conceptos elevados en otros espectáculos, sin comprender el entono que encierra eso de reducir el espectáculo á la menor cantidad posible de diversión.

En el momento de llegar, se presencia una carrera. Después se pasa revista á las beldades de la tribuna. ¿Que no hay beldades? Pues se va uno á otra tribuna, y después á otra. Se instala uno convenientemente y se extasia en la contemplación de una señora guapa. ¿Que hace frío?... Pues aguantarse, porque para hacer el oso no está bien levantar el cuello de la levita y meterse las manos en los bolsillos: el oso es un animal que no tiene frío nunca. Pues, señor, que la señora, al sonreír, enseña un colmillo doble, es decir, un colmillo montado sobre otro, ó el caballero que la acompaña (esposo y teniente

de caballería vestido de paisano) advierte las miraditas, y volviéndose muy serio hacia el que mira, se pone el dedo pulgar en la nariz, abre la mano y teclea rápidamente con los cuatro dedos libres... Pues se levanta uno como si no hubiese notado nada, y con el mayor disimulo se va uno á otra parte. ¿Que no hay otra señora guapa á quien mirar?... Pues se fuma un cigarrito. Si se acaba, se enciende otro. ¿Que se acaba también? Este es el momento oportuno de encontrar á un amigo. El amigo cuenta parte de su historia, que es una historia atroz. Primero, Visitación, luego, Amparo; después, Concepción; después, Dolores; después... Librada. ¿Que la historia se acaba? Cuenta uno la suya. A continuación se empeña con el amigo una discusión filosófica. Y si después de llegados á un acuerdo aún no pasa nada en el *stand*, se coge la escopeta, se sale uno por los alrededores del Hipódromo, mata un par de perdices y vuelve á la tribuna en el momento preciso en que va á dar comienzo la segunda carrera.

¿Que no dura más que un instante? Pero ¿y lo que se goza en ese instante? ¡Calle usted, hombre, si es cosa de identificarse uno con el caballo!

¿Que no le divierte á usted nada de lo dicho? Pues visita usted en su coche á la marquesa, y le aprieta usted la mano, y ella le convida á usted á merendar, y bebe seis copas, y se pone muy ocurrente, y pasa usted la gran tarde.

¿Que no es usted de la aristocracia? ¡Pues fastidiarse!

No se sabe cuántos, pero hace muchos años, que las señoras llevaban los mismos boas de ahora.

Es decir, los mismos no, pero iguales sí. Con el mismo mal aspecto y la misma falta de higiene que ahora.

Porque las damas de hace... no sabemos cuántos años, tenían tan bonito cuello como las de ahora (y ahí están ellas, que no nos desmentirán), y también tuvieron el mal gusto de ocultarlo con el boa, quitando toda su gracia, esbeltez y elegancia al encaje, al asiento natural de la cabeza sobre los hombros.

Sería disculpable que usara el boa nuestro amigo Fernanflor, aunque no se lo pusiera más que para andar por casa.

Pero no tiene disculpa que lo usen las señoras.

¿Qué dirían nuestras amigas si el modisto les propusiera ocultar la cintura con un mantenido?

Va te promener!

Pues lo mismo deberían rechazar el boa.

Muy bueno, ya que no santo, que la moda exagere las... expansiones femeniles (esto lo puede firmar el Ordinario); pero si da en ocultar los flacos de la mujer, estamos perdidos.

Además, el boa hace formar idea poco ventajosa de algunas mujeres.

A tal hora, llevan uno de *pluma*.

A tal otra, se las ve con otro de *pelo*.

Y... ¡ya ve usted!

Poco va faltando para que Egipto tenga sus Cruzadas, como las tuvo Palestina en otro tiempo.

Europa no marchará ahora á la conquista del Santo Sepulcro, sino en ayuda de Stanley.

En todas partes se aprestan hombres entendidos y animosos á marchar á Egipto y socorrer al intrépido misionero de la civilización: hasta en España se dispone á ello un bravo oficial de caballería, y confiamos en que tendrá imitadores tan hermoso ejemplo.

Stanley no es un explorador *pour rire*, y nada tan loable en un militar como ir en tiempo de paz á dar guerra á la barbarie.

El accidente ocurrido en el último viaje del emperador de Rusia será todo lo casual que se quiera, pero pone los pelos de punta.

Es una casualidad que ocurran esas cosas siempre que viaja el Zar.

Es una casualidad que el personal de la línea no haya notado el mal estado de ésta.

Casualidad que descarrilaran una docena de vagones.

Casualidad que el suelo del vagón imperial se hundiese repentinamente, y los Emperadores cayesen por escotillón.

Casualidad que el criado que en aquel momento les servía el thé quedase muerto en el acto.

En fin, es una serie de casualidades, de las cuales se sale vivo por casualidad.

La casualidad más grande consiste en que descarrilen los trenes que hayan de llevar viajeros á la Exposición francesa, y los que conducen al emperador de Rusia, mientras que los alemanes no descarrilan.

Si acaso descarrilan las alemanas.

Los anarquistas de París tienen émulos en España.

En Barcelona, al menos, los carlistas han inaugurado el Círculo de San Jorge á gusto del Santo.

Cada puñetazo valía una indulgencia plenaria.

No sabemos si asistieron señoras, y en tal caso, si salieron magulladas ó si, por el contrario, no se quedaron mancas.

Porque la fe hace milagros, y ¡Dios nos libre de un silletazo dado por una partidaria del cura de Alcabón!

Aunque, por ahora, más expuesto á recibirlo está el mismo cura de Alcabón que nosotros.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

DE VUELTA DE PONTE MOLLE

Es *Ponte Molle* el sitio de reunión de las clases populares de la ciudad de Roma en los días festivos, á semejanza de otros puentes y demás puntos de recreo que tan famosos son en la capital de España. Pero *Ponte Molle* tiene una historia más larga; es anterior al cristianismo, y según la tradición, desde el sitio en que se construyó este puente fué arrojado al Tíber el tirano Majencio, después de vencido por Constantino.

Para llegar á Terni, admirar los restos de un anfiteatro, de un templo á Apolo, y otras construcciones clásicas; á Narni, construída en la cumbre de pintoresca colina; á Civita-Castella, para contemplar el hermoso puente construído por Gregorio XI (1371-1379), y otros pueblos que forman el encanto de los viajeros que visitan la Ciudad Eterna, es necesario pasar por *Ponte Molle*, dejando á un lado las casitas blancas que allí existen, y los modestos merenderos donde se reúne los domingos la multitud alegre que disfruta de este delicioso lugar.

Nuestro grabado reproduce un episodio de esta costumbre popular de los habitantes de Roma, y forma un cuadro debido al reputado artista señor Hernández, y nadie mejor que los lectores podrán apreciar el mérito de esta obra de arte.

LA FLORERA DE TRIESTE

Seguramente no necesitamos acudir al extranjero en busca de floreras típicas, famosas por su donaire y hermosura; pero esta misma razón sirve para ensalzar el mérito de la florera que representa nuestro grabado de la pág. 468, tomado de un cuadro de Gustavo Schauer, cuyo afamado artista ha logrado dar al tipo de su florera un encanto y belleza que envidiarán las mismas flores.

CAPÍTULO INTERESANTE

Alrededor de una mesa, en una de esas hermosas tardes de verano, se hallan varias jóvenes escuchando con religioso silencio la lectura de un libro. No es necesario indagar el título de la obra, ni aun siquiera el asunto del libro, para comprender que la lectura inspira profundo interés en aquella reunión de gentes poco literatas, pero que tienen un corazón que sabe sentir. Todas contemplan á la que lee con la emoción de un asunto que atrae y subyuga el espíritu, produce impaciencias febriles, aun en los caracteres más indolentes, ó hace estallar la indignación contra los tiranos y la simpatía hacia los mártires de una tragedia novelesca.

Si el autor de esta obra de arte no tuviese otros títulos en que asentar su reputación, éste bastaría para asegurarle un porvenir brillantísimo.

ÁRBOLES JÓVENES

El hermoso grabado que aparece en las páginas 472 y 473 representa uno de esos contrastes tan naturales en la vida, y que nos ofrece á cada paso la naturaleza. Árboles jóvenes contemplando los destrozos que las borrascas, ó solamente la acción del tiempo, producen en los que cuentan largos años de existencia.

La educación de estos retoños de la humanidad exige cada día más cuidados, un esmero especial, para que puedan luchar con ventaja contra las adversidades de la fortuna, las provocaciones del vicio, los asedios de la inmoralidad y las exigencias que la sociedad, en sus diversos grados de perfeccionamiento, impone con despótica tiranía á sus elementos constituyentes.

Para alcanzar este máximo de desarrollo vital necesita el profesor amoldar aquellas virginales inteligencias á una educación en que los placeres con que nos brinda la naturaleza se hallen en completa armonía con los deberes de la religión, el estudio de las ciencias y de todos los progresos de la civilización; y el autor de este cuadro, inspirándose sin duda en estos sentimientos, realiza tan laudable propósito con un encanto y maestría dignos de todo encomio.

CONTRASTES

El inspirado autor del cuadro que reproduce nuestro grabado de la pág. 476 ha conseguido su objeto de un modo admirable.

No es posible presentar un contraste mayor que el que aparece entre aquella angelical figura, hermosa y perfecta criatura y el contrahecho, pretencioso y repulsivo trovador que, olvidando sus defectos físicos, pretendió con amorosos artificios atraer las miradas de tan encantadora doncella.

La ejecución de esta obra de arte, su colorido especial, demuestran bien á las claras el talento y esmerada educación artística de su autor.

LA ORFANDAD

El grabado de la pág. 477 reproduce un cuadro lleno de vida y sentimiento, del ilustrado artista Jenoudet, tan conocido entre los aficionados á la pintura.

Una niña, que acaba de perder á sus padres, se halla recostada en duro sillón, y á sus pies está la abuela, herida por diversos sentimientos y queriendo mitigar el dolor de la adolescente, cuyos ojos revelan la gran tristeza de su alma; tan delicada composición es suficiente á atraer hacia aquel grupo la simpatía y el interés á que da relieve la manera primorosa con que está ejecutada esta obra de arte.

La historia de la artillería española.

(Continuación.)

Pero aun conociendo lo incorrecto de aquella indefendible conducta, como lo hace nuestro compañero y amigo el coronel D. Adolfo Carrasco, séame lícito oponer la constante tradición artillera á los razonamientos con que mantienes la afirmación del académico Navarrete, que sólo concede á Morla el carácter de *coordinador*, ó, cuando más, *adicionador*, de la obra de Ríos. El calificativo *adicionador* será siempre vago é indeterminado, mientras no se aquilate el mérito y cuantía de lo añadido, que puede exceder en magnitud é importancia á la base fundamental; y la tradición artillera, fresca aún en el año 1831, cuando el ilustre D. Ramón de Salas publicaba su *Memorial histórico*, sólo concede á Ríos una pequeña parte de los dos primeros tomos del tratado, con la exclusiva del tercero, que es el mejor escrito, reservando á Morla la ordenación del conjunto y todo lo pertinente á la fabricación del material que, encajando de lleno en la *industria*, no puede caber en el marco de la *táctica*, por grande amplitud que se conceda á esta palabra.

Acorde, pues, con la tradición conservada por Salas, abrigo el convencimiento de que D. Tomás de Morla no fué un simple refundidor del manuscrito de Ríos, sino que, ensanchando la esfera de su importancia con el aditamento de la industria militar, que llena próximamente las dos terceras partes de la obra, transformó lo que sólo era *táctica* en un verdadero *Tratado de Artillería*, el mejor y el más completo de los hasta entonces publicados. Y me fundo para creerlo así en que el Cuerpo sancionó la portada del tratado con su aquiescente silencio; cosa imposible, dada nuestra tradicional libertad de juicio, si los Vivancos, Maturanas, Ceballos, Guillelmis, Villabas, Loygorris, Pezuelas, Cienfuegos y tantos otros compañeros ó discípulos de Ríos, no hubiesen reconocido títulos y méritos bastantes en quien se proclamaba autor, para figurar como tal.

Y no es pequeño fundamento de mi opinión el testimonio de nuestro general D. Joaquín Navarro Sangrán, conde de Casa-Sarria; voto de calidad en el asunto que pretendo dilucidar. El general Navarro, persona respetabilísima por sus virtudes, patriotismo é ilustración, ingresó en el colegio de Segovia el año de 1781, y ascendió á subteniente en la promoción de 1786; fué, por tanto, discípulo de Morla, calientes todavía las cenizas de Ríos, y cuando las lecciones manuscritas de éste andaban de mano en mano. Pues bien; en el discurso que dicho General pronunció el 16 de Mayo de 1830 al inaugurar la Real Academia del Cuerpo, restablecida por su iniciativa en Alcalá de Henares (1), después de pasar revista de verdadero inteligente en las asignaturas del plan de estudios, y de enaltecer la educación religiosa, moral y militar que deben recibir los caballeros cadetes, para que sean buenos cristianos, vasallos fieles, oficiales científicos y valerosos guerreros, y para que, pertrechados de aquellas armas, salgan á brillar en la sociedad por

(1) El interesante discurso del conde de Casa-Sarria fué publicado en el *Memorial de Artillería*, primera serie, tomo XV, año 1859.

su trato urbano, la cultura de su espíritu y la variedad de sus conocimientos, continúa exhibiendo á la imitación de aquella noble juventud estos significativos modelos:

«Tal apareció en el mundo con su amabilidad, su sabiduría y sus virtudes, aquel D. Vicente de los Ríos, espejo de cortesanía y de cultura, severo y profundo en la Escuela de Segovia, elegante y erudito en las Academias de Madrid, amable y discreto en los estrados, á quien los matemáticos de su tiempo, los humanistas, los militares y los caballeros reivindicarían á porfía para contarle como su primer honor, como su lustre principal. Tal D. Tomás de Morla que, bajo un exterior de burla y mordacidad, algún tanto dura á veces, escondía una razón tan despejada y una doctrina tan vasta y tan segura, á que se debe el complemento y perfección de la enseñanza proyectada y planteada en la Academia por Ríos. Tal D. Ignacio López, etc., etcétera.»

Observa, amigo Vidart, de qué diferente manera califica el ilustre conde de Casa-Sarria al caballero D. Vicente de los Ríos, objeto de tus alabanzas, y al asendereado D. Tomás de Morla, blanco de tu severa crítica. Para el primero agota las más hermosas palabras de simpatía y entusiasmo. Para el segundo tiene á la vez censuras y aplausos; censuras para su mal carácter, aplausos para su vasta doctrina, que completó y perfeccionó la enseñanza planteada por Ríos en la Academia segoviana. La alusión al *Tratado de Artillería* es tan clara y transparente, como notoria la autoridad del que la pronuncia. Su concordancia con la tradición artillera es tan terminante, que basta, en mi concepto, para destruir la radical afirmación de D. Martín Fernández de Navarrete, dejando á ambos autores en el buen lugar que en justicia les corresponde.

Siendo esto así; y no existiendo ningún linaje de incompatibilidad entre los méritos de Ríos y los de Morla, claro es que no debemos amenguar la veneración con que guardamos la memoria del herido de Gibraltar, del valeroso defensor de Cádiz contra los ingleses, del insigne publicista del *Tratado de artillería*, siquiera no haya sido su único autor, como reconoce en el *Prólogo*, con más ó menos salvedades. Quien tal hizo; quien además escribió el *Arte de fabricar pólvora* y la *Noticia de la constitución militar prusiana* en los tiempos del gran Federico, vigente aún el reglamento de ascensos y recompensas del ejército alemán, de que tanto hablan sin saber lo que dicen, bien merece la aureola de gloria y gratitud que consagramos á su sabiduría, por más que los juicios, no siempre justos, formulados contra el General y el político por el conde de Toreno y D. Antonio Alcalá Galiano, hayan rebajado no poco su respetabilidad personal.

Pero dejemos, tanto á Morla como al simpático marqués de las Escalonías, en el descanso de sus olvidados sepulcros, para departir gustosamente sobre la necesidad, que con insistencia insinúa, de que cuanto antes se escriba y publique la *Historia de la artillería española*; aspiración antiquísima que nuestra oficialidad comienza á ver satisfecha en ese libro de oro en que el capitán Arántegui retrata, con tan sana crítica como singular lucimiento, los orígenes de la corporación, la raíz, por decirlo así, de la encina gigante, que á través de seis centurias crece y se desarrolla en el patrio solar, irguiendo hasta el cielo de la gloria el tronco robusto, coronado por espléndido follaje.

MARIO DE LA SALA.

(Continuará.)

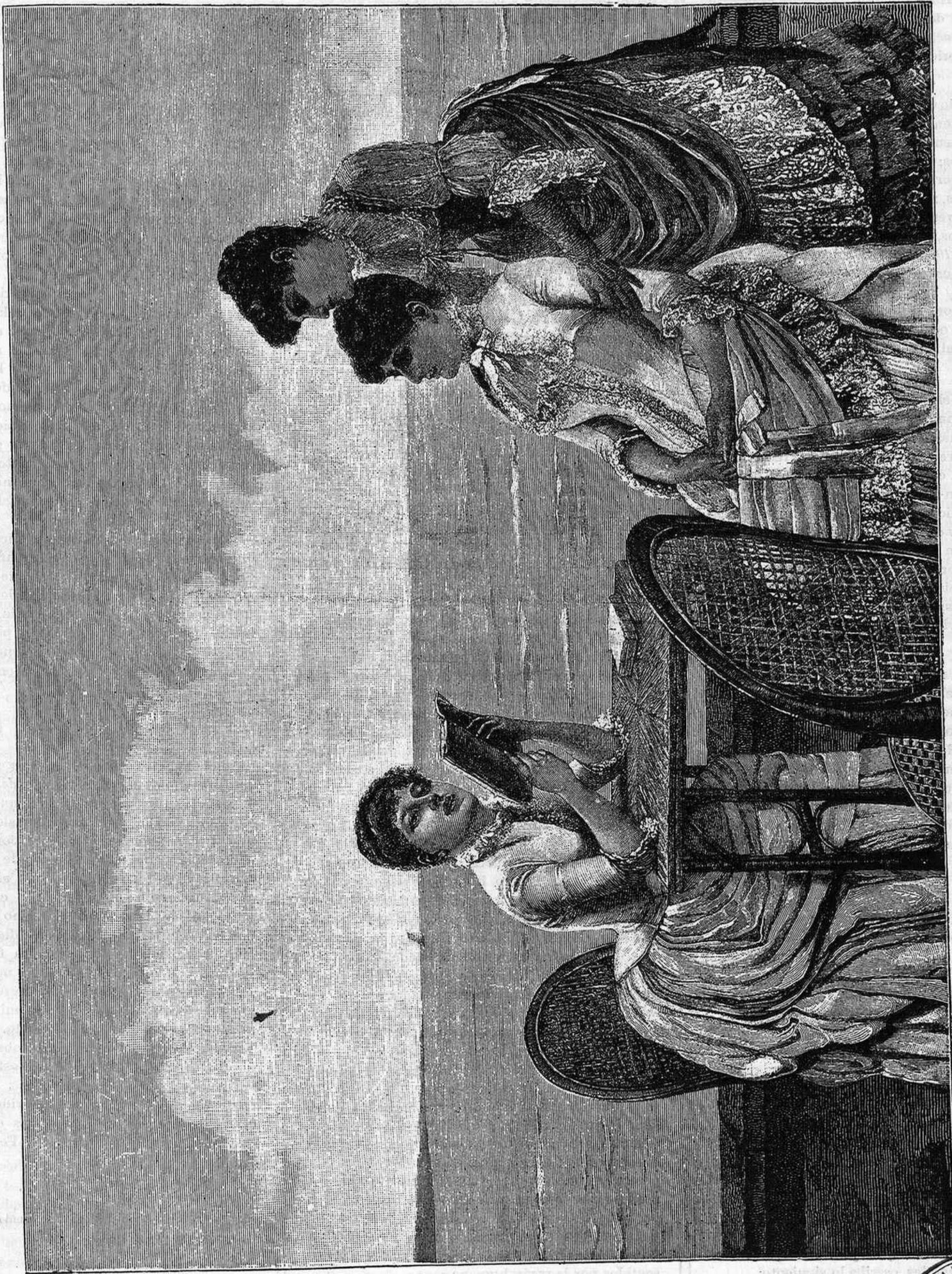
Cuestiones cubanas.

Los últimos éxitos del general Marín en Cuba han desconcertado á los autonomistas, que se encuentran con que no tienen enemigo que combatir. *El Criollo*, que desea la revolución, ha abierto un abismo entre los que secundan su antipatriótica propaganda y los idealistas del autonomismo.



LA FLORERA DE TRIESTE

ATENEOS CIEN
BIBLIOTECA
RÍOY
1870



CAPÍTULO INTERESANTE



Éstos comprenden al fin su situación difícil; no pueden combatir á un buen Gobierno en Cuba, sino revelando que les importa poco todo progreso en ese sentido, y que lo que únicamente se proponen es la emancipación que persigue *El Criollo*. Y como esto no lo quieren todos los autonomistas, ni podrían declararlo los que secretamente lo deseen, su confusión y desconcierto es inmenso ante la proba y bienhechora administración que impone la primera autoridad de la Isla.

Dice un diario de la Habana que al encargarse el nuevo intendente de Hacienda, se ignoraba la recaudación obtenida por derechos reales y transmisión de bienes; que tampoco se sabe á cuánto asciende el importe de los recibos por contribuciones atrasadas, ni lo que se ha cobrado en este concepto como remanente del año anterior. El ingreso por censos, añade el colega, es casi nulo, pues en vez de 197.000 pesos de réditos cobrables (al 5 por 100 anual), sólo se han cobrado en el año último 11.000.

En fin, se ignora el número de fincas que posee el Estado, y las ocultaciones están, por consiguiente, á la orden del día.

El triunfo del general Marín en cuanto se relaciona con la huelga de los tabaqueros fué tan completo, que hasta alguno de los diarios que apoyaba ciertas pretensiones extremas reconoce el tacto con que el conflicto ha sido resuelto.

En la cuestión del *cierre de puertas* en días festivos, otro periódico, que se consagraba á la defensa del *Centro de los dependientes del comercio*, expresa tal desaliento en sus tendencias á alterar el orden, que los menos prácticos reconocen por estos continuos éxitos lo bien que se vigila actualmente en la Habana á toda agrupación que pretende imponerse por medios violentos.

Cada día es mayor el popular afecto que inspira la señora del general Marín en la Habana, por sus rasgos de modestia, sencillez y piadoso auxilio á cuantas personas puede ayudar directa ó indirectamente. Del festival que la expresada señora ha organizado en favor de los perjudicados por la catástrofe del ciclón, hemos dado extensos detalles en nuestro número anterior, y las noticias que luego hemos recibido, confirman el concepto brillantísimo que teníamos formado de esta fiesta de la Caridad.

SÁNCHEZ ROMERO

VILLAMARTÍN Y LOS TRATADISTAS DE MILICIA

EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

(Continuación.)

XIV

Pasa después á indicar la división fundamental de las ciencias, que considera divididas en *teología*, ciencia de Dios; *antropología*, ciencia del hombre; y *cosmología*, ciencia del mundo. Y cuando llega á establecer la subdivisión necesaria de estas ciencias fundamentales, al nombrar el grupo que forman las ciencias morales y políticas, dice: «Y aquí es donde nos debemos detener, porque en este grupo es donde se hallan la *legislación* y la *guerra*;» y para aclarar este concepto, así como el de la relación entre la ciencia y el arte, después de algunas consideraciones generales, escribe lo siguiente:

«Cuando el jurisperito se eleva al derecho constituyente, está en plena ciencia; si desciende al derecho constituido, á la aplicación de la legalidad ya proclamada, pasa de la ciencia al arte. Cuando discute acerca de la pena de muerte, discute un principio científico; cuando, dado el Código de enjuiciamiento y el penal, quiere aplicarlo á un caso concreto, está en el arte.»

Tratando después Villamartín de explicar el con-

cepto de la ciencia política (para llegar por este camino á la ciencia de la guerra), señala la relación con la jurisprudencia, diciendo lo siguiente:

«Semejante es en su fundamento la política, y muy enlazada con esta ciencia (la jurisprudencia). Su principio determinante es la sociedad, como hecho preexistente y necesario; su desarrollo es el estudio de las relaciones sociales en su manifestación pública, y su fin es investigar lo útil y lo justo en la armonía de esas relaciones, y de acuerdo con la legislación... Pues bien: en este grupo nebuloso; en ese oscuro fondo del saber humano; ahí donde se amasan las ciencias naturales con las morales y políticas, lo que más se destaca, aquello cuyo contorno aparente es más distinto, es la *Ciencia militar*. Veamos si corresponde esta palabra á lo que por ciencia han entendido todos los filósofos.

«La guerra es un fenómeno natural, á la vez que social; aparece con el hombre, germina en la familia, crece con la tribu, y llega á su apogeo en la nación; continuando así la marcha misma de la sociedad, sometida á la indeclinable ley del progreso. Está en la naturaleza, porque está en el modo de ser de los pueblos; es un hecho absoluto, el efecto de una causa superior al hombre; es la consecuencia de un principio del *Cosmos*. Por lo que afecta á la materia, es una ley de la creación, uno de los modos que tiene esa misma materia para cambiar de forma; suprimirla, y el equilibrio desaparece, porque habréis suprimido uno de los medios de eso que se llama *destrucción*, y todos están contados para compensarlos con las fuerzas creadoras. Por lo que afecta á la sociedad, es una ley moral; suprimirla, y el equilibrio en las fuerzas sociales desaparece, porque habréis suprimido el flujo y reflujo del océano político, la compensación de principios opuestos, las transacciones entre los intereses humanos, y esto es lo que constituye la sociedad... Los que creen en la paz perpetua no han querido contemplar la armonía que existe entre todos los principios constitutivos del universo por la compensación y la lucha de ellos... La guerra es ruda, es violenta, es superior al hombre: ¿y qué no lo es? Suprimid los tormentos, las enfermedades, el calor del estío y los hielos del invierno; suprimid la muerte misma, porque todo esto es superior al hombre, y habréis levantado otro mundo con otra síntesis... El concimiento de la ley á que obedece ese fenómeno material y social, si no es ciencia, ¿qué es? Y por otra parte, el estudio del agente visible de esa fuerza... el ejército considerado en sí mismo como hecho; coexistente con la guerra, la ley de su composición y el análisis de su poder, ¿no es también una parte de esa ciencia? ¿No es el desarrollo de un principio, la observación de un fenómeno, una eslabonada serie de verdades filosóficas? Por eso no hay profundo pensador que de guerra haya escrito que no use las palabras de *Filosofía de la guerra*, *Metafísica de la guerra*, *Principios de la guerra*, *Ciencia militar* y otras que alejan de sí la idea de arte.

«Cuando se hace funcionar al ejército según su organización accidental; cuando se da la batalla, se verifica la conquista ó se lleva á cabo la expedición, esto es arte, un arte sublime que vive de todos los conocimientos humanos, pero al fin arte. Mas cuando se legisla para el ejército ó para la guerra; cuando se aprecia filosóficamente este fenómeno y se le sigue paso á paso, con la historia por guía, y se estudia la relación entre los efectos y las causas, esto es ciencia, porque es una serie de principios fijos, unos observados y otros presentidos por la razón humana.»

XV

Esta idea de que la guerra es una ciencia era tan poco admitido en el tiempo en que escribía Villamartín, que muchos años después uno de nuestros escritores militares de ingenio más perspicaz y de erudición más profunda, el general D. José Almirante, á quien ya repetidas veces he mencio-

nado en esta conferencia, niega la existencia de la ciencia de la guerra, y dice en su *Diccionario militar* que «siendo los autores prusianos los que nos han metido en este *atolladero* (con sus palabras), *agarrémonos para salir de él á otro del mismo país*.» Y cita un pasaje de un escritor alemán, el coronel Carlos de Decker, el cual afirma, en su *Táctica de las tres armas*, que «la guerra tiene tres partes: una *científica*, que es preciso estudiar; otra *técnica*, que también puede aprenderse, y otra *artística*, que es puramente *intuitiva*.»

Puesto que hay una parte científica, es preciso que haya una ciencia, lo cual no impide que además haya que tomar en cuenta la parte puramente *artística*, intuitiva; porque, en efecto, así como un gran preceptista de bellas artes, si se pusiera á pintar un cuadro, probablemente lo haría muy mal, de igual modo un preceptista militar no siempre sería un buen General, porque una cosa es tener el conocimiento de los principios científicos, y otra cosa es saber aplicar estos principios en un momento dado.

Resulta, pues, que, á pesar de lo dicho por el general Almirante, el prusiano Decker no niega la existencia de la ciencia militar. El más ilustre de los publicistas militares de la Italia moderna, Luis Blanch, proclama la existencia de la ciencia de la guerra, y enlaza el conocimiento de esta ciencia con el de los estudios económico-políticos, porque afirma, no sin razón, que las condiciones más importantes y más esenciales de la guerra son las condiciones económicas; y en cuanto al aspecto político, es de tal importancia, que no puede haber grandes Generales y hombres de Estado que prescindan de ese aspecto de la guerra.

Las condiciones económico-políticas de la guerra hay que tenerlas muy en cuenta, para evitar lo que nos sucedía en aquella época en que alcanzábamos mucha gloria, pero en que la Hacienda estaba tan mal ó peor que hoy. Aquella gloria militar la sosteníamos con grandes dificultades, porque nuestros ejércitos carecían de las condiciones económicas indispensables para funcionar ordenada y regularmente.

XVI

Además de las *Nociones del arte militar*, del folleto *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, y de la *Historia de la Orden militar de San Fernando*, publicó Villamartín un libro, digámoslo así, de pacotilla, hecho para ganar dinero, porque á ello le obligaba la cortedad del sueldo de su grado militar. Este libro fué un *Manual del viajero en el Escorial*, que con las iniciales F. V. en su portada, y traducido al francés, hoy mismo se vende en la portería de aquel Monasterio. Ya digo que es un libro hecho exclusivamente con un fin económico; pero así y todo, como Villamartín no podía ser jamás un escritor adocenado, las apreciaciones que allí hace á menudo resultan ingeniosas y revelan al pensador de claro entendimiento.

Recuerdo, por ejemplo, una observación que hace referente á los versos que están escritos en las paredes del Monasterio. Dice: «Seguramente que estos versos no son de los primeros ingenios españoles.» En efecto, los versos que hay en la que fué habitación del rey D. Felipe II, dicen así:

«En este estrecho recinto
Murió Felipe segundo,
Cuando era pequeño el mundo
Al hijo de Carlos quinto.
Fué tan alto su vivir,
Que sólo el alma vivía,
Pues aún (?) cuerpo no tenía
Cuando dejó de existir.»

Yo no acierto á comprender cómo aún no tenía cuerpo el hijo de Carlos V cuando dejó de existir. El hecho de que Felipe II viviese sin cuerpo, es un descubrimiento importantísimo, pero que necesita confirmación.

Frecuente es en nuestra patria (y dispensen mis oyentes la digresión); frecuente es en nuestra pa-

tría deslustrar notables monumentos del arte ó empequeñecer grandes recuerdos históricos con versitos más ó menos malos, por no decir pésimos. Pudiera citar muchos ejemplos en confirmación de mis palabras; pero me limitaré á recordar que en el sepulcro que en la catedral de Avila guarda los restos del gran polígrafo Alfonso de Madrigal, tan conocido por aquella frase vulgar, en que se dice: *escribe más que el Tostado*, para ponderar la fecundidad literaria de algún autor, se halla colgada una tablita donde se leen los siguientes versos:

“Aquí yace sepultado
Quien virgen vivió y murió,
En ciencias más esmerado,
El nuestro obispo Tostado
Que nuestra nación honró.
Es muy cierto que escribió
Para cada día tres pliegos
De los días que vivió;
Su doctrina así alumbró,
Que hace ver á los ciegos...”

Y aquí cabe preguntar, como término de esta digresión: ¿qué versos son peores: los de la celda de Felipe II, ó los del sepulcro del Tostado?

(Se continuará.)

LUIS VIDART.

DON JUAN TENORIO

Desde que el mercenario fray Gabriel Téllez, conocido en la república de las letras con el nombre de *Tirso de Molina*, escribiendo su célebre comedia *El Burlador de Sevilla*, creó el tipo de Tenorio, que tanto se ha reproducido en obras dramáticas y líricas, viene siendo aquella creación dramática en España la personificación legendaria del carácter español, y singularmente del andaluz, en todo lo que tiene de bueno y de malo, y con especialidad de lo último.

No es nuestro propósito tratar de indagar si el carácter de Tenorio existió real y verdaderamente, ó fué una tradición novelesca de nuestro pueblo. Lo que sí creemos, es que el maestro Tirso de Molina se propuso, al escribir su *Burlador de Sevilla* y *Convidado de Piedra*, crear un carácter altamente dramático, y, efectivamente, creó el famoso tipo de D. Juan Tenorio, imitado después en Francia por Molière, Corneille y Alejandro Dumas; por lord Byron, en Inglaterra; en la España de nuestros días, por Zorrilla, Espronceda, Campoamor y Fernández y González; en Portugal, por Guerra Junqueiro; y para que nada faltase á su inmortalidad, traducido, por último, en Alemania al drama lírico que produjo el genio eminentísimo de Mozart.

Vemos, pues, que el personaje legendario de D. Juan Tenorio, objeto en todas las literaturas del culto de la poesía, es una de esas creaciones inmortales, destinadas á vivir mientras existan en el hombre el amor á lo bello y al sentimiento artístico.

D. Juan Tenorio es el único tipo dramático original que la literatura española ha logrado difundir por el mundo; y en tal sentido, la gloria que cabe al que primeramente lo sacó á la escena, no puede ser mayor.

Créese generalmente que D. Juan Tenorio es un tipo genuinamente español; pero nosotros creemos, con sobrado fundamento, que es un tipo universal, y sobre todo esencialmente humano.

Es indudable que Tenorios los hay en todas partes, y muy particularmente en España. Pero no por esto se ha de afirmar que es sólo un tipo español.

Es Tenorio, según le pinta Tirso de Molina, el calavera voluble, arrojado, falto de toda ley y freno, que no ve en la vida nada superior al placer y sobrepone su personalidad á toda moral, á toda autoridad, á todo respeto. Sus apetitos, sus pasiones, su voluntad indomable y caprichosa, son para él ley suprema, á la que todo lo sacrifica, desde su conciencia hasta su vida. Únicamente sigue los instintos de su indómita naturaleza, y menosprecia y conculca las trabas que la moral, la sociedad

y la ley ponen á sus deseos. Ligero é irreflexivo, ni atiende al mal que á los demás causa, ni al que á sí propio puede causarse. Fiado en su propia valentía para librarse de la justicia humana, se cuida poco de la divina, no por no creer en ella, sino porque la ve muy lejana, y cuando con ella se le amenaza, contesta siempre con burlona sonrisa: *¿Tan largo me lo fiáis?*: frase que basta para dar una idea exacta de su carácter.

Ajustando Tirso de Molina su inspiración á la tradición popular, presentó la dramática leyenda de D. Juan Tenorio en toda su sombría grandeza, pintando á su héroe como prototipo del desenfreno y del libertinaje, pero no exento de hermosas cualidades, y entregándole al cabo á la vengadora mano del terrible *Convidado de Piedra*, encargado por la justicia divina de castigar sus desafueros.

D. Antonio Gil de Zárate, dice, ocupándose de *El Burlador de Sevilla*, que es una obra muy irregular, sobre todo en los dos primeros actos; pero que las situaciones del tercero son sublimes y de gran efecto.

Tres siglos lleva de existencia el tipo que creara Tirso de Molina, y todos los años acude la multitud al teatro, ansiosa de oírle requebrar mujeres y verle recibir intrépido á la irritada sombra de don Gonzalo de Ulloa.

Y este milagro ó resurrección que se verifica anualmente, tiene una explicación satisfactoria. Las muchedumbres gustan de oír, cuando menos en la escena, hombres audaces y de imaginación despreocupada, ya que por esos mundos de Dios sólo se encuentran almas dudosas y cobardes, acaso tan viciosas como la de Tenorio, pero que ocultan sus vicios bajo el velo de la hipocresía.

Una vez que ya dejamos apuntada la razón de la popularidad del personaje creado por Tirso de Molina, procuraremos condensar en muy pocas palabras el por qué de considerarle como un tipo esencialmente dramático.

«Lo es, dice el Sr. Pi y Margall, porque en él se reúne y personifica el hombre. El hombre, digan lo que quieran ciertos filósofos, es un eterno dualismo. Por la materia, es naturaleza; Dios por el espíritu. D. Juan es á la vez, por su sensualismo, el hombre materia, y por su rebelión contra todo lo que le detiene, el hombre-espíritu, aunque sea real ó aparentemente el honor el inmediato móvil de sus actos. ¿Le ataja el paso la espada? Tira de la espada. ¿Le sale al encuentro lo desconocido? Arrostra lo desconocido. Lo arrostra y desafía, como arrostraba y desafiaba Satanás á Jehová, y los gigantes á Júpiter. Por esto, principalmente por esto, es á mis ojos un tipo dramático. Es un nuevo emblema de nuestro dualismo y un nuevo símbolo de nuestra soberbia.»

En nuestro sentir, el principal mérito que puede atribuirse á Tirso de Molina es el de que, al escribir *El Burlador de Sevilla*, creó en Tenorio un carácter; pero carácter dotado de corazón, voluntad é inteligencia, y, sobre todo, de una personalidad tan real y verdadera, que hasta los más indoctos, cuando acuden al teatro, le ven y tocan como si fuera persona viviente.

Tirso de Molina fué el primero que tomó por asunto de uno de sus dramas la leyenda de Tenorio. El personaje que nos pinta el festivo y fecundo fraile de la Merced no es un personaje que realiza grandes y heroicos hechos, sino un calavera vulgar que se complace en ganar el corazón de las mujeres, que las abandona en cuanto logra enganarlas, y vuela de flor en flor como la mariposa; es un mancebo de temple, que tiene el honor en mucho, que no retrocede ante ningún peligro, y atropella por cuanto se le opone al logro de sus locos devaneos; es un cristiano que olvida lo flaco de su naturaleza, que mira lejos de sí la muerte, y goza, sin temor á Dios ni al infierno, de los placeres de la vida; es un mozo que, arrebatado por el vicio, desoye hasta los avisos del cielo, y sólo se arrepiente cuando le abrasa el fuego que ha de matarle; es la imagen del espíritu libre y de la materia cautiva.

Es indudable que el Tenorio de Tirso tiene tam-

bién defectos, que le falta mucho para merecer el dictado de perfecto; pero es asimismo cierto que, á pesar de todos sus defectos, es el mejor de todos, el que tiene más unidad y consecuencia, el menos exagerado é inverosímil, y el que mejor se adapta á las condiciones que el tipo requiere.

Después de Tirso, Molière fué el primero que llevó á la escena á D. Juan Tenorio, que probablemente hubiera quedado encerrado en los límites de nuestra patria, si el poeta francés no le hubiera sacado al teatro, pues sabido es que los franceses tienen el privilegio de generalizarlo todo. Una vez apadrinado por el teatro francés, Tenorio recorrió el mundo entero, y bajo diferentes formas y con nombres distintos, ha dado origen á toda una literatura.

Molière no comprendió el carácter del personaje que pretendía retratar en su *Don Juan, ou le Festin de pierre*, llegando á desfigurarlo por completo, á pesar de ser un poeta de primer orden. El don Juan de Molière es un razonador y escéptico. No es el aventurero, romántico y grandioso tipo español, sino un *sprit fort*, un *roué* de la afeminada corte de Luis XIV; perverso, calculador, hipócrita, mal caballero casi siempre, cobarde á veces, dotado de una incredulidad que en un español de aquellos tiempos no se concibe, y por más de un concepto, repugnante.

En el siglo XVIII, D. Antonio Zamora quiso dar nueva vida á D. Juan Tenorio. La falseó también, aunque no tanto como Molière. El personaje que presenta Zamora en sus obras: *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*, y *Convidado de piedra*, es díscolo, pendenciero, jactancioso, y en todo exagerado y despreciable.

Extendida la fama de Tenorio por todo el mundo, Goldoni hizo una imitación italiana del de Tirso, y Lorenzo Da Ponte aprovechó éste y el de Molière para escribir el libreto de la obra maestra que ha inmortalizado el nombre de Mozart. Da Ponte dió á conocer en su *Don Giovanni* un carácter que participa de la fiera y valentía españolas, de la frivolidad francesa y de la galantería licenciosa de los italianos, haciendo de él, á la vez, un caballero, un *roué* y *galantuomo*, con sus puntas de *lazzarone*. No preponderan en él, ni el aspecto sombrío, ni el escéptico y razonador; es más bien un alegre cortesano, uno de aquellos nobles patrios corrompidos de la corte de los Médicis.

El *Don Juan* que nos describe lord Byron en su poema es, como dice el Sr. Pi y Margall, un carácter más pasivo que activo, un ser que, como el pederal, necesita del eslabón para despedir el fuego; mas no por esto deja de ser aún el reflejo del amor voluble, pues basta una hermosura para borrar de su memoria otras, y un amor para desterrar otros amores. Es, después de todo, el que menos dista del de Tirso.

La legendaria figura de D. Juan Tenorio ha inspirado otras composiciones dramáticas y no dramáticas, en la literatura española y en algunas extranjeras. Entre ellas pueden citarse: *El estudiante de Salamanca*, de Espronceda; el *Don Juan de Mariana*, de Alejandro Dumas; el D. Juan de Mendoza en la comedia de Calderón *No hay cosa como callar*; el drama *D. Luis Osorio*, de Fernández y González; el protagonista de la preciosa leyenda de Zorrilla, *Margarita la Tornera*, y otra multitud de producciones entre las que merece contarse el drama *Vida alegre y muerte triste*, de D. José Echegaray. El protagonista de este drama, Ricardo, es un hombre que goza y vive en el primer acto, y sufre y lucha en el segundo, y triunfa y muere en el tercero. Es ni más ni menos que una de las infinitas formas que se ha dado al Tenorio de Tirso. Además, han llevado también á la novela este personaje el ya citado Fernández y González, Campoamor, á un poema, y el portugués Guerra Junqueiro lo ha presentado con un colorido altamente realista y bajo sarcástica forma en su *Morte de Don Joao*.

Uno de nuestros más aplaudidos dramas es el *Don Juan Tenorio*, del brillante poeta D. José Zorrilla.

Trabajo cuesta creer que nuestro insigne poeta,

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL



ARBOLES JÓVENES

teniendo en España la pauta y guía del carácter de Tenorio, fuera á calcar su obra sobre la de Dumas. Pues si bien es cierto que ha corregido algunas faltas, en cambio ha incurrido en otras más capitales. El D. Juan de Zorrilla es creyente cuando habla con doña Inés y D. Gonzalo, de Dios, del cielo y de su salvación; y escéptico con Centellas y Avelaneda, á quienes dice que jamás creyó en la otra vida, ni en otra gloria que en la del mundo.

Si la poderosa fantasía de Zorrilla no hubiera rodeado á esta figura, merced á la magia de los versos, de una fascinadora aureola, no podría tolerarse en la escena carácter tan contradictorio, porque no puede ser dramático un personaje en el que se reúnen tal copia de infamia y de grandeza, tan súbitas mudanzas de ideas, acciones y sentimientos.

Parece el juguete de una fatalidad inexorable, más que un hombre dueño de sí mismo, y tan pronto es un espíritu generoso y noble, como un rufián despreciable é indigno.

Y sin embargo de todo esto, el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla ha destronado á todos, y á todos aventaja bajo el aspecto de la forma.

Es realmente difícil concebir una obra dramática más inmoral y más bella.

Cada nuevo crimen añade un encanto á don Juan.

Doña Inés ofrece su salvación por la salvación del matador de su padre.

El Comendador, en compensación de la deshonra de su hija y del pistoletazo, se va derecho á los infiernos, y aunque vuelve al mundo convidado á cenar, no cena.

Don Juan, harto de seducir mujeres, de dar cuchilladas y de robar doncellas, se entra de rondón en el Paraíso.

Si el diablo hiciera dramas, de fijo que el diablo hubiera hecho *Don Juan Tenorio*.

Si algún otro poeta se le ocurriera reformar este drama con arreglo á la moral y á la lógica, el clamoreo sería inmenso.

¡Castigar á Don Juan ó arrojarle á los infiernos, fuera una crueldad y un error!

¡Imposible! ¡Aquel apuesto galán, tan hermoso, tan arrogante, tan derrochador de la vida y de las riquezas, tan amado de las mujeres y tan envidioso de los hombres; encanto y delectación del mundo por sus lances de amor, de juego y de cuchilladas!

Quando una obra llega á ese grado de favor con el público, no hay más remedio que dejarla como el público la aceptó: tocar á ella es como atentar á una parte del dominio común.

El sentimiento, la poesía, el arte y el genio empleados por Zorrilla en su *Don Juan Tenorio*, hacen amar todos los horrores que contiene y que le aplaudan hasta los hombres más honestos y timoratos.

De Norte á Sur y de Levante á Poniente, en cuanto se aproxima el 1.º de Noviembre, los carteles de teatros repiten un solo nombre: *Don Juan Tenorio*. Aunque Zorrilla no tuviera por pedestal de su gloria los treinta tomos, que todos sabemos de coro, con *Don Juan Tenorio* le bastaba para ser el poeta más popular de nuestro siglo en España. Cerca de medio siglo hace que ese drama, esencialmente español, no menos por sus máculas que por sus perfecciones, ha llegado á la categoría de fiesta nacional. En los primeros teatros de España pasan casi siempre desatendidos los aniversarios más dignos de memoria: el natalicio de Lope, el de Calderón, el de Moratín; pero si en el último rincón de España se reúnen cuatro actores buenos ó malos, no pasará seguramente la fecha de 1.º de Noviembre sin que aparezca en las tablas el inevitable Don Juan con su falange de sombras y estatuas ambulantes, con sus cascadas de versos incorrectos y armoniosos, con su raudal, en fin, de poesía brillante, desordenada y sublime.

La linterna de Diógenes se necesita para encontrar un español que, teniendo teatro en su pueblo, no haya visto siquiera una vez á D. Juan entre la sombra de doña Inés y la estatua del Comendador. Chicos y grandes, mozas y viejas saben de corrido

las quintillas de la hostería, los ovillejos de la ventana, las octavillas de la carta, las décimas del amor y las de la sepultura. Mal año para el actor que yerre en ellas una palabra: el público á coro corregirá su descuido, y lo premiará con la grita correspondiente á la gravedad de la equivocación.

El público aplaude todos los años el *Tenorio*, sin discusión. En fuerza de verle todos los años se ha convencido de que es un drama perfecto, que no admite corrección ni mejoría. Sus bellezas le encantan y sus defectos le seducen. *Don Juan Tenorio* no es un drama; es una institución.

Los actores de todas categorías cuentan en su repertorio el *Tenorio*, y entre sus triunfos las ovaciones que han recibido representando la obra de Zorrilla.

Los padres llevan siempre en esta época á sus hijas á las representaciones de *Don Juan Tenorio*, como las llevan al cementerio en visita de conmemoración piadosa. Sin embargo, en el cementerio aprenden á desear la paz de las almas, y en el teatro queman las alas de puros sentimientos en el fuego de las pasiones.

Leopoldo Alas ha hecho uno de los capítulos más bellos de su novela *La Regenta*, con el estudio psicológico de los efectos que va produciendo en el alma de su protagonista la representación del drama.

Zorrilla vendió esta obra famosa por una cantidad insignificante, y los editores que la compraron sacan de ella una renta anual considerable.

D. Juan Tenorio podrá no haber existido; pero la tradición primero, la leyenda después, y la poesía luego, hicieron de él la representación bella y grandiosa de la justicia divina, personificaron un aspecto, si criminal, grandioso de la naturaleza humana, cual es la voluntad afirmándose contra toda ley, rechazando todo freno y no retrocediendo sino ante la mano de Dios.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN

Sobre las instalaciones eléctricas en general.

PARARRAYOS

Cosa baladí y de importancia escasa parece consideran muchas personas las instalaciones donde la electricidad interviene como principal agente; pero aparte de que no pueden mirarse así estas cosas sino por aquellos que no conocen los difíciles problemas que por medio de este agente se resuelven en la actualidad, otras circunstancias, todas importantes, concurren para afirmar la idea de la necesidad de hacer intervenir algo más que la práctica, por respetable que sea, en todo aquello en donde el poderoso agente físico que llamamos electricidad tiene aplicaciones. Y descartamos lo que pudiera recibir el nombre de metafísico; es decir, esas especulaciones analíticas propias de gabinete de sabio.

Contrayéndonos al terreno material, al prosaísmo de la vida, aún tiene aplicación la idea apuntada, pues que toda instalación eléctrica, para servir los fines de la vida real y que los autores de ella se propusieron, siempre debe hallarse dentro de un terreno tal, que en él se cumplan matemáticamente y como racional solución para fines ulteriores, las leyes que rigen para cada caso, además de otras generales, y bajo cuyas condiciones los hechos se realizan; porque no sería pensar cuerda-mente pretender que todo esto quedase fuera de las inflexibles y axiomáticas que conocemos.

Supongamos que se trata de producir fuerza eléctrica, luz, campos magnéticos, inducción, reducciones metálicas de cualquier especie; pues inmediatamente nos viene á la mano, de una parte, los generadores de electricidad, su clase tan variada, forma, dimensiones, saturación de líquidos, sustancias con que se saturan, composiciones y recomposiciones, leyes de lo equivalentes químicos, etc., etc.; y si tratamos de lo demás y entramos en mayores detalles, hasta la manera de agrupar

los diversos elementos de un generador para obtener tensiones ó cantidades de electricidad, entra también la resistencia de los circuitos, y, por último, tanto y tanto componente entran y tan íntimamente se relacionan cada uno con el otro y con todos los demás, que en vano pretenderíamos sustraernos á este punto; y si lo ejecutáramos, pronto vendrían los hechos, con su rudo y leal lenguaje, á convencernos y probar nuestra equivocación y temerario extravío.

Y lo que acabamos de enumerar, aunque muy ligeramente, de una manera más palpable y con más severos perfiles, se nos presentaría si entráramos á examinar lo que á cargas, descargas é inducciones eléctricas atañe, por formar en estos problemas como importantes factores, las complejas acciones de influencia, y por lo mismo las calidades de los diversos cuerpos, su resistencia relativa ó absoluta, su forma y dimensiones; de manera que sería ardua y pesada tarea pretender de tan diverso cuadro hacer destacar soluciones inmediatamente prácticas, utilizables y sencillas á la vez; mucho más teniendo presentes los problemas que hoy se agitan.

Separándonos, por esta razón, de tan abstractas ideas, y dejando á personas de reconocidísima ilustración y competencia estas cuestiones, para cuya solución y desarrollo son precisas más relevantes dotes y superiores conocimientos de los que poseemos; no creyéndonos en el caso de entrar audazmente en terreno que está vedado á nuestra pequeñez, hemos de concretarnos en estos apuntes á decir algo sobre los pararrayos, una de las muchas aplicaciones de los estudios sobre electricidad estática, seguros de que si por nuestra parte nada nuevo podemos ofrecer á la benevolencia de nuestros lectores, hemos, sí, de demostrar la necesidad de que en las instalaciones de esta clase de aparatos no basta obrar de buena fe y seguir ciegamente las indicaciones que en muchos casos se reciben, sino que es preciso, para sacar de ellas todo el partido posible, poseer ciertos conocimientos y tener á la mano algunos aparatos que, utilizados convenientemente, permitan apreciar las condiciones de una instalación de esta naturaleza, haciéndola realmente preservadora y no perjudicial, como pudiera acontecer, por haber dejado de tener en cuenta de terminadas circunstancias.

Y no debemos pasar en silencio ni este particular ni las consecuencias que de él se derivan, pues muchas veces, no solamente es más cara una mala instalación, por ser mala desde luego, sin contar ulteriores resultados, sino que, para ser mala, ha exigido forzosamente rodeos y malas soluciones que suponen desembolsos.

Un pararrayos es un aparato por medio del cual se pueden obtener dos efectos: ó la neutralización del fluido que existe en la atmósfera, rebajando su tensión, ó conducir á tierra su descarga si se verifica, preservando de tan terribles efectos un espacio mayor ó menor en torno suyo.

En ambos casos el aparato debe ser preservador; y para que lo sea, se precisan condiciones sin las cuales aquellos fenómenos no pueden tener lugar, ó si se realizan es á costa de dificultades que constituyen verdaderos peligros.

La tierra que habitamos, á la cual se llama depósito común de la electricidad, por su forma, estructura y dimensiones, admite, condensa y disimula cuantas cargas eléctricas se la dirijan; y aunque á su vez posea, como todos los cuerpos, su carga específica, tiene cero por potencial, y á ella concurrirían todas las cargas posibles, si mil circunstancias no se opusieran á contrariar esta acción ó los fenómenos recíprocos de influencia entre el fluido de que se halla dotada y el que existe en la atmósfera, siendo unas veces el aire seco que como dieléctrico se interpone para aumentar los fenómenos de carga y otras veces los rápidos movimientos de que ella y las nubes están animadas. Cuando por estas causas múltiples y muy inconexas, las acciones de influencia y neutralización ordinaria se suspenden, aumentándose las cargas en una proporción para nosotros desconocida, pero que indudablemente

debe estar sujeta á ciertas leyes, estalla la descarga, ó, como vulgarmente se dice, salta el rayo, sinuoso, irregular y en zigzags, otras en forma globular, como constituyendo un núcleo ígneo brillantísimo, y otras cual raya de fuego que cae casi perpendicular sobre el horizonte, destruyendo todo lo que encuentra.

Supongamos que cualquiera de estas descargas halla á su paso la punta ó puntas de un pararrayos. Siempre que la instalación preventiva estuviere bien ejecutada, hallará fácil camino hacia la tierra cuyo potencial es cero; tendría lugar la descarga eléctrica, y nada malo puede acontecer.

¿Pero qué condiciones debe cumplir una instalación de pararrayos para que todo pase así, sin daño alguno?

Vamos á pasarlas revista ligeramente.

En primer lugar, siendo la descarga eléctrica un manantial de luz y calor poderosísimo, la parte donde principalmente puede tener lugar aquélla debe ser de tal naturaleza que resista muy elevadas temperaturas, y susceptible de sufrir polarizaciones moleculares rápidas, sin deformarse ni destruirse; con una masa proporcionada y de un metal poco á propósito para la oxidación, puesto que ha de estar siempre á la intemperie; y como también necesita especiales condiciones de conductibilidad eléctrica para que su resistencia al paso del fluido sea nula, deben elegirse puntas en cuyo conjunto se encuentren aunadas todas estas particularidades, pareciéndonos muy bien, en cuanto á lo que se relaciona con la carga y descarga del fluido, el modelo de puntas múltiples, siempre que su ensamblaje sea tan perfecto que no pueda, ni aun sospecharse siquiera, la más insignificante solución de continuidad ó mal contacto: cosas todas que pueden comprobarse midiendo con aparatos adecuados su resistencia eléctrica, y con condensadores calibrados *ad hoc* la carga que pueden recibir estando perfectamente aislados.

Desde la punta en estas condiciones, ha de haber hasta la tierra, en primer término, una barra hueca ó maciza (á nosotros nos parece preferible la maciza), de una altura que la ciencia determina en cada caso, y de la cual depende la eficacia de preservación, fija en un punto por su base y perfectamente aislada, á cuyo pie va soldado un cordón de hilos metálicos, de hierro galvanizado generalmente, y á su extremo debe soldarse y atarse, con todo género de cuidados, una placa de cobre de dos á tres milímetros de grueso y cincuenta centímetros de lado, que se llama plancha de tierra, y que debe ser sepultada en un pozo *ad hoc*, también con las condiciones que se dirán.

Ocioso será repetir la necesidad de un perfecto aislamiento del cable ó cordón metálico, y cuyo aislamiento debe comprobarse por los medios y con los aparatos que ha de poseer todo el que á estos trabajos se dedique; pues si así no se hiciera, si para estas comprobaciones no se enviase por el cable una corriente enérgica, si no se probase su carga, si no se midiera su resistencia, correríamos el riesgo de presentar un camino difícil al paso del fluido, y una descarga por retroceso, ó una elevada temperatura ocasionada por el exceso de carga, podría convertir un elemento preservador en aparato de destrucción y de ruina.

Los rapidísimos movimientos de polarización que pueden producirse por las descargas sucesivas sobre un pararrayos, no sólo exigen condiciones de conductibilidad y capacidad, y por lo tanto, relación entre estos factores (la sección y longitud del conductor); sino que precisa cumplir otras mecánicas también, por lo que á la seguridad y estabilidad atañe.

No deben por esto multiplicarse los puntos de apoyo, que son los mismos de aislamiento, porque cada uno de ellos puede ser una derivación, y el ideal perfecto de la situación de todo conductor sería no tener absolutamente punto alguno por donde, bajo cualquier forma, pueda escapar la electricidad; pero esto, que es importante, no obvia la necesidad de la solidez de la instalación en general.

Y, por último, lo mismo esto que cuanto llevamos apuntado, está bajo nuestro dominio y es susceptible de comprobarse hasta adquirir seguridades en cuanto á presentar buen camino al paso de la descarga eléctrica, tanto bajo el punto de vista de la buena conductibilidad cuanto en previsión de descargas sucesivas sobre el mismo aparato, y por consiguiente, en previsión de los movimientos trepidatorios que las polarizaciones pueden ocasionar al conjunto.

De todas estas cosas, y otras más, hacemos depender una buena instalación de pararrayos, y sobre estos particulares trataremos en sucesivos artículos.

MANUEL MÉNDEZ.

Variedades y notas.

ORIGEN DE LOS FUEGOS ARTIFICIALES

Después de la batalla de Montlhery, que tuvo lugar el 16 de Julio de 1465, entre las tropas del rey Luis XI de Francia y los señores descontentos, á la cabeza de los cuales se encontraba el duque de Berry y el conde de Charolais, el Rey se retiró á Corbeil, y los jefes coligados á Etampes.

El duque Berry y el conde de Charolais, después de comer, discutían amistosamente, asomados á una ventana, sobre los incidentes de la pelea, cuando vieron cruzar el espacio un globo de fuego, que vino á dar, serpenteando, en la ventana que ocupaban.

A esta aparición súbita y extraordinaria, ambos quedaron sorprendidos y dieron inmediatamente orden de que tomasen los soldados las armas.

Se hicieron pesquisas para averiguar de dónde podía provenir un fenómeno tan alarmante, que todo el mundo miraba como un atentado dirigido al duque de Berry ó al conde de Charolais.

Después de varios registros llevados á cabo en las casas de la ciudad, se acabó por encontrar al autor de aquella alarma; era un bretón que se llamaba Juan Boute-Feu.

Más muerto que vivo se arrojó á los pies del príncipe, diciéndole que hacía tiempo se dedicaba á la fabricación de cohetes y que el origen de la alarma había sido una bomba que se le había escapado.

Los príncipes soltaron la carcajada al pensar que una causa tan pequeña había ocasionado tanto escándalo, y pidieron al inventor renovase sus experimentos delante de ellos.

Estos últimos dieron magníficos y sorprendentes resultados; poco tiempo después, Juan Boute-Feu, apenas podía atender á los grandes pedidos que le hacían de todas partes.

Para platear las telas de seda, se pinta sobre el género con un pincel ó una pluma nueva, sirviéndose de una disolución de nitrato de plata, en la cual se pone un poco de goma. Se deja en seguida secar algunos instantes, y después se coloca la parte que se ha pintado sobre un vaso que contenga zinc, agua y un poco de ácido sulfúrico.

Después de algún tiempo, la placa se reduce y adhiere á la tela.

Los arabescos, guirnalda y dibujos ejecutados de esta manera son de muy buen efecto.

Ya tienen los aficionados al *sport* un espectáculo original y perfectamente nuevo.

Nos referimos al concurso de aeronautas celebrado recientemente y con gran éxito en París.

Las condiciones del certamen eran las siguientes.

- 1.^a Cada globo debía llevar una cantidad de lastre proporcionado á su capacidad.
- 2.^a Los aeronautas debían emplear 10 kilogramos de lastre por cada 100 metros cúbicos.
- 3.^a En el mismo instante de la salida, y según las corrientes atmosféricas, el Jurado debía señalar la ciudad á la cual tenían que arribar los aeronautas.

4.^a El primer premio se adjudicaría al aeronauta que tocase tierra en el punto más próximo á la ciudad indicada.

Ocho globos se presentaron al concurso, que, dada la señal de salida, partieron con un intervalo próximamente de treinta segundos.

La ciudad que designó el Jurado para el descenso fué la pequeña villa de Chevreuse. Los primeros que desaparecieron en los aires han sido *La France*, *Marceau* y *File Vite*, siguiéndoles *Talismán*, *Guyane*, *Victor Hugo*, *Jean Cousin* y *Avenir*.

Las más pequeños se elevaron con mayor rapidez.

La multitud, que desde abajo aplaudía, se imaginaba que de aquellos que más corrían sería la victoria; pero sucede con los globos lo mismo que con las liebres y las tortugas: «nada importa correr; la cuestión es llegar á tiempo.»

Para resumir: el primer premio ha sido otorgado á M. Godard, que montaba el globo llamado *Victor Hugo*: éste alcanzó tierra á 10 kilómetros de Chevreuse; el segundo premio lo obtuvo M. Darbois, del *Guyane*, que cayó á una distancia de 15 kilómetros 300 metros de dicha ciudad; el tercero, *File Vite*, que, á pesar de la imprudencia de su aeronauta, M. Mangot, que se elevó á demasiada altura, tuvo la habilidad de alcanzar un buen puesto en el concurso.

Los demás cayeron por el orden siguiente: el *Avenir* á 16 kilómetros 600 metros; el *Jean Cousin*, á 17 kilómetros 700 metros; el *Marceau*, á 24 kilómetros, y el *Talismán*, á 29 kilómetros de Chevreuse.

Entre los grandes monumentos debidos á la caridad cristiana merece especial mención el Hospicio Ferrari, fundado recientemente en Claxmart (Francia).

Este Asilo recibirá cien ancianos menores de sesenta años, cincuenta viudas y cincuenta viudos, escogidos entre los desgraciados más dignos de interés, y cuatro matrimonios, ancianos también y faltos de recursos.

Dentro de algunos días, en el mismo Claxmart, se abrirán á los pobres otros dos edificios, magníficos también, que son obra de la misma fundadora del anterior, la duquesa Galliera.

Uno está situado en la colina que se levanta en Fleury, como haciendo *pendant* con Mont-Valerien, donde se alimentarán é instruirán gratuitamente 350 niños huérfanos, de siete á catorce años de edad.

Cincuenta de éstos serán dedicados particularmente á la horticultura, y recibirán lecciones especiales. Los demás aprenderán diferentes oficios.

El segundo Asilo se halla situado en la falda de la colina, y servirá de refugio á cien ancianos maestros que actualmente se encuentran sin pensión y sin recursos, después de las largas fatigas de la enseñanza.

Un consejo de Administración eclesiástica, compuesto de personas caritativas, dirigirá estos tres establecimientos.

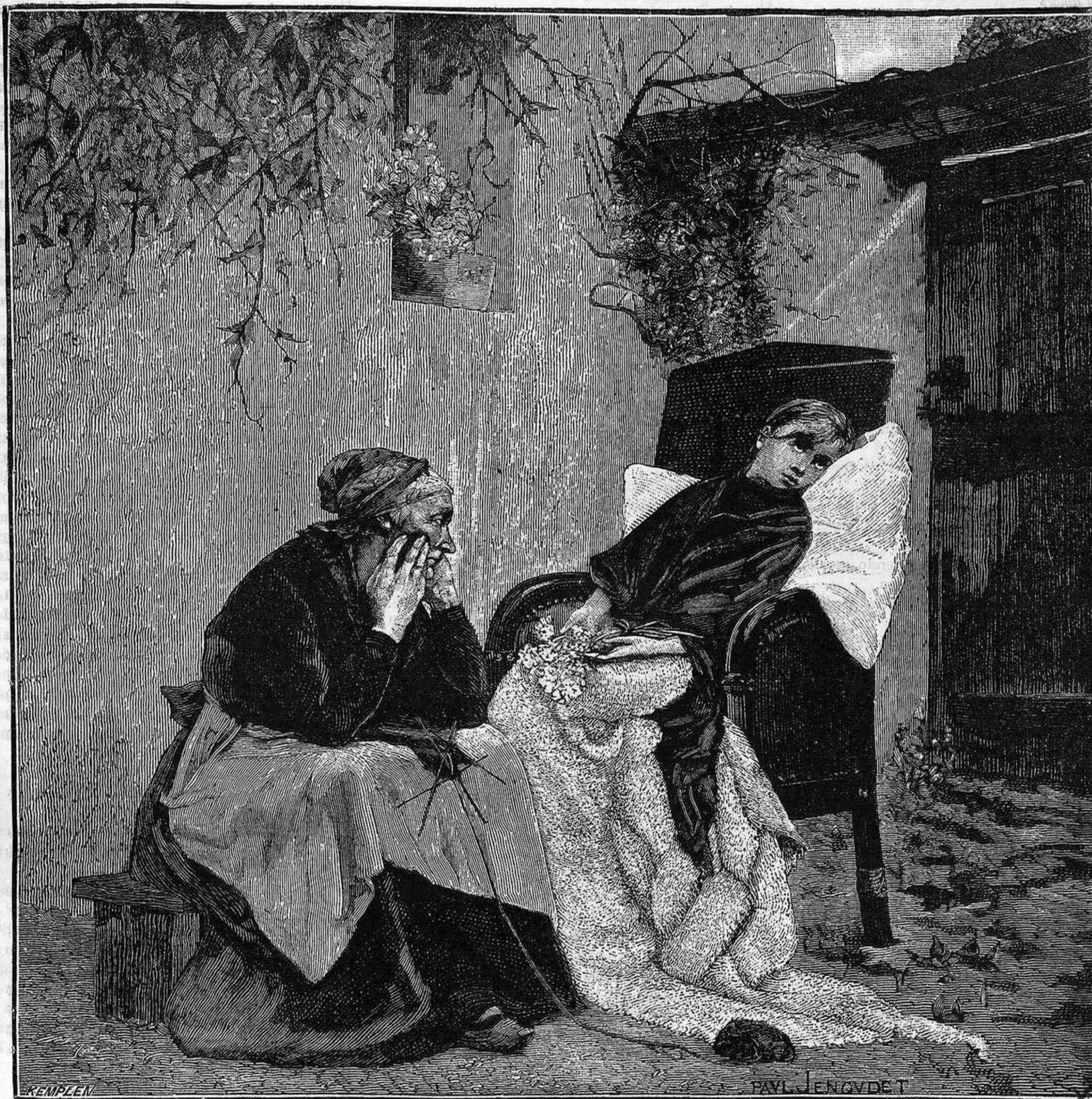
La duquesa Galliera es italiana; ha enriquecido su ciudad natal con edificios tan magníficos, por lo menos, como éstos; ha edificado en Génova dos hospitales grandiosos y un Museo de objetos de artes y obras maestras, pero ha querido que Francia, la nación en que vive, disfrute de los mismos goces que su patria.

Se han llevado á cabo con mucho éxito algunos experimentos para el alumbrado eléctrico de los trenes en las líneas la *Midland Railway Co.*, en Inglaterra, con un nuevo sistema inventado por M. Timmis, que consiste en una batería de 10 acumuladores, colocadas sobre cada vagón, baterías que alimentan lámparas Swan, de cinco bujías cada una.

La Compañía de los caminos de hierro de Londres á Brighton ha instalado la luz eléctrica en quince de sus trenes, de los cuales dos van de Londres á Brighton, y los otros trece sirven líneas locales.



CONTRASTES



LA ORFANDAD



Cuento de amores.

(Continuación.)

LA SELVA

Amantes, cuando el fulgor del sol deslumbre en el cielo, sombra hallaréis en mi suelo donde gozar el amor.

Yo tengo ambiente ligero, dulce armonía en las ramas, y, en la ardiente siesta, camas de tomillo y de romero.

Lleve su amada á la selva quien llora amor desafiado; que nadie en la selva ha entrado que venturoso no vuelva.

EL SOL

Atrás, agreste monte; oscura noche, atrás;

la sombra en mi horizonte no triunfará jamás.

Yo soy todo alegría, soy todo resplandor; soy el eterno día el inmortal amor.

Mis rayos son de fuego, mi vida es un edén, y el cielo en que navego mi venturoso harén.

Mis dichas son completas; adonde marchó, van conmigo cien planetas, y yo soy el Sultán.

Abrasan mis miradas, lava mis besos son; y doy á mis amadas luz, vida y corazón.

Con todo el alma adoro, y amando he de vivir

mientras mis rayos de oro no cesen de lucir.

Sólo el poeta siente y ama con mi calor; él sabe solamente qué cosa es el amor.

Fany sentía que su alma, que su cuerpo mismo iban, por una dilatación inexplicable, á huir lejos de ella, convirtiéndose aquí en flor, allí en agua cristalina, más acá en aire, allá en pájaro, luego en luz, después en sombra y en todo cuanto es naturaleza y vida.

V

—¡Ay! suspiraba: la mujer es amor, como la estrella es luz, armonía el ave, y la flor aroma.

«Todo en la naturaleza nace inclinándose libremente á su destino.

»¿Por qué, como la flor su aroma, el pájaro sus cantares y las estrellas su luz, no ha de decir la mujer: *Te amo!*»

El día iba entrando sin que Fany advirtiera el correr de las horas.

Inmóvil en el fondo del pabellón, yacía con el cuerpo tendido, las piernas colgantes, los brazos echados atrás y las manos bajo la nuca, pronunciándose los suaves contornos del pecho, cuando un punto oscuro flotó entre el cielo y las aguas; algo que del firmamento bajaba al mundo, algo que el espacio y el mar habían producido; ¡tal vez el fruto de tantos amores como en la naturaleza existían! ¡Quién sabe si el amor mismo!

Fany miraba, miraba, y cuanto más aquel punto se engrandecía, su corazón latía con más violencia. ¡Qué incomprensibles misterios agitan el alma humana! ¡Qué de revelaciones escucha! ¡Cómo los presentimientos la anticipan la dicha ó el dolor, la felicidad ó la desgracia!

Fany oyó que alguien, fuera ó dentro de sí misma, exclamaba:

—El amado de tu corazón llega; prepárate á recibirle.

El punto oscuro se engrandecía, avanzando sobre las olas como pájaro de abiertas alas.

Era como una blanca paloma que conducía en el pico el ramo de oliva.

A medida que se aproximaba á la costa reduciendo la distancia, delinábese mejor la forma de una nave de henchidas velas.

Durante algún tiempo siguió corriendo, corriendo como la flecha sacudida por el arco.

Al llegar á la playa se ocultó detrás de unas rocas.

De allí á poco un hombre de barba rala, ojos negros y vivaces, piel curtida, alto, suelto, ágil y vestido á la usanza griega, apareció sobre la cortada peña.

Fany sintió, á todo lo largo de su cuerpo, hondo y penetrante calofrío; el hombre miraba hacia la casita blanca, de la que le separaban algunos pasos.

Era bello, gentil, pálido, y de temperamento apasionado y ardiente.

Fany le veía, le veía andar, andar sin detenerse, y cada vez más próximo á ella.

El espacio se acortaba, las distancias desaparecían; le contempló, sobresaltada, tocar la cerca del huerto, saltar la valla, adelantarse con pie firme y seguro, por entre los árboles, al pabellón; llegar á éste, pisar el umbral, transponerlo y...

Fany, de un salto, se puso en pie al mismo tiempo que el viajero, cayendo de rodillas, tomó en sus manos la túnica de la doncella, en cuya fimbria depositaron sus labios un respetuoso beso.

—¿Quién eres?

—Tu esclavo.

—¿Tu nombre?

—Miguel.

—¿De dónde vienes?

—De Atenas, mi patria.

—¿Qué te trae?

—El amor.

—¿Amas?

—Mucho.

—¿A quién?

—A ti.

—¿Me conoces?

—Te amo.

—¿Desde cuando?

—Hace largo tiempo.

—¿Cómo me conoces?

—En las guerras contra el turco combatí por la independencia griega, y hecho prisionero, me encerraron en aquella alta fortaleza, desde cuyas ventanas te ví y te amé.

—¿Y lo has llamado hasta ahora?

—Cargado de cadenas he vivido; apenas libre, vuelvo de mi patria á decirte que te amo.

—¿Sabes lo que es amor?

—Lo que yo siento.

—¿Qué sientes?

—No sé si acertaré á explicarlo; siento... ¡anhelo de mirarte sin dejar nunca de verte!

—¡Tú no amas!

—¡Con todo mi corazón!

—¿Vivirías dichoso con sólo verme?

—Sí.

—Pues si eso te satisface, toma este retrato y vete. Ya tienes cuanto ambicionas.

—Deseo mucho más.

—¿Que más deseas?

—Oír tu voz.

—¡Tú no amas!

—Vivir siempre á tu lado; darte mi vida.

—¡Una vida sin amor!... No la quiero.

—Estrechate entre mis brazos, beber tu aliento, sentir tu corazón en el mío, tus ojos en mis ojos, mis labios en tus labios; ser mi alma tuya, mía tu sangre; ser dos y solo uno; eso ambiciono, eso codicio.

—¡Eso es amor!

VICENTE COLORADO.

(Concluirá.)

TRAGEDIAS DEL ARROYO

POR JUAN VALERO MARTÍN

SEGUNDA PARTE

HONORINA

José Gastamal frisaba en los veinte años; era bajo de cuerpo, aunque no tanto que llamara la atención, y era, en cambio, dueño de unas formas hercúleas y no mal modeladas; de tez morena, adornada por negra cabellera; usaba patillas de esas que vienen á morir á la boca, casi unidas con el bigote, pero de tan nuevo cuño unas y otro, que apenas se distinguirían, á no ser tan negras como el azabache; dos cejas enormes proyectaban sombra sobre sus ojos, de los que, si realmente son el espejo del alma, se deducía que Gastamal tenía un alma bien hermosa; ancho de cuerpo, tenía algo de ese tipo del Hércules, aire que contribuían á darle las piernas, que, de la rodilla para abajo, eran ligeramente arqueadas. Esto en cuanto al físico: su parte moral era mucho más complicada: quién le suponía un calavera de buena ley, quién un burión, quién un Tenorio, y no faltaba quien asegurase, muy formal, que era un soñador constante y un romántico de siete suelas; lo cierto era que, al menos delante de gente, nunca se le veía serio, siempre estaba dispuesto á divertirse, y siempre tenía una frase para la última que pasaba á su lado.

Gastamal cursaba el último año de Medicina, pero no invertía ciertamente la mayor parte de su tiempo en el estudio. Entusiasta por la literatura, raro era el día que no devoraba algún tomo de más ó menos valor literario, y rarísimo el que transcurría sin que garrapatease media docena de cuartillas; pero no hemos de dejar pasar en silencio (dicho sea en pro de su modestia) que casi todos los trabajos literarios de Gastamal eran un misterio, porque nunca le parecía que debían merecer los honores de la publicidad.

Por entonces se comenzó á notar la influencia en la literatura de ese nuevo género importado aquí de otras naciones; el realismo. ¡Oh, el realismo! Gastamal era entusiasta admirador de Zola, cuyas obras, traducidas al español, devoraba y saboreaba con deleite. Este sí que era un género útil: ¿qué se adelantaba con cubrir el vicio de flores y rodearle de una atmósfera sentimental y romántica? Nada más cierto que el corazón lleva á pecar en algunas ocasiones; pero nunca arrastra hasta enfangarse en el vicio. En cambio el medio ambiente, la fuerza de las circunstancias, y sobre todo el temperamento, la naturaleza de cada uno... ¡Aquí, aquí estaba la verdadera fuente del mal! Y en cuanto á la forma, al modo de decir de Gastamal, hacía el siguiente razonamiento: si yo encontrara una *Dama de las Camelias*, no dudaría un momento en seguirla hasta el fin del mundo; en cambio, si tropezara con una *Nana* y rozara con ella al pasar, sentiría náuseas. Y así, á este tenor, discurría nuestro hombre horas enteras; apasionado y vehemente por naturaleza, no entendía de términos medios; él había oído que, á más de instruir, deleitar, etc., uno de los más

principales fines literarios era corregir las costumbres por medio de la persuasión, del ridículo, de infinidad de medios que tenía para llegar á cumplir este fin; pues bien, según él, la literatura debía sea una luna azogada; una fotografía donde el vicio se retratara en su horrible desnudez; de este modo, usado como medio, se podían esperar excelentes resultados. ¿Qué se aducía en contra? Que así el que no supiera, aprendía; pues de seguro que no se trata de corregir vírgenes de quince años y de intachable conducta, sino de personas que conocían demasiado el mal, pero que no sabían adónde les conducía; la cuestión, pues, era enseñar el término horripilante *de su carrera* á las segundas, y que las primeras no leyese ciertas cosas. ¿Que la publicidad ayudaba á los curiosos para enterarse? Pues nadie está tan solo en el mundo que no tenga una mano amiga para regir sus primeros pasos.

En el momento en que lo presentamos, Pepe Gastamal pensaba en la solidez de sus razones para defender el realismo, echado boca arriba sobre su cama y siguiendo con la mirada las azules espirales de humo que despedía su cigarro. Su cuarto, si no amueblado con lujo, presentaba al menos ese aspecto de bienestar que producen reunidos en un espacio reducido todo lo necesario: se componía de dos habitaciones; una, la alcoba pertrechada con una cama pequeña, pero mullida; á la cabecera y á la mano derecha, una mesita de noche; un pie de palangana á los pies, en el ángulo de la habitación, y dos ó tres sillas á lo largo de la pared de enfrente á la cama, en cuyo centro se alzaba majestuosa una cómoda de esas tan antiguas como panzudas. La otra habitación casi tenía los honores de despacho: una mesa, un armario cargado de libros y papelotes, un sofá, unas cuantas sillas, en un ángulo, y en montón, infinidad de libros desencuadrados y papeles cubiertos por un manto de polvo, y como complemento al cuadro, tres ó cuatro prendas de vestir tiradas sobre las sillas.

—¿Se puede? preguntó una voz gangosa asomando las narices por la puerta.

—Adelante: ¿quién es?

—Su amigo de usted Luis, respondió la misma voz.

—Pues que pase, dijo Pepe incorporándose.

—Y luego, viendo á su amigo que entraba ya, añadió:

—¿Por qué no has entrado derecho? ¿Qué hay de nuevo?

—¡Pues una friolera! que estoy enamorado hasta los tuétanos, dijo el recién llegado, que era el reverso de la medalla de su amigo, más alto que una palmera, más delgado que una flauta y más rubio que unas candelas; tengo relaciones con la mujer más bonita de Madrid, y no me cuesta un cuarto.

—Explicate, hombre, explicate. ¿Dónde has tropezado tú con esa ave fenix?

—Pues en la calle.

—¿Cuándo?

—Anoche, verás, voy á darte detalles.

—Ya soy todo oídos.

—Salía yo de mi casa para ir á... á... á... no me acuerdo dónde; pero, en fin, salía.

—El dónde es lo de menos; sigue.

—Bueno, pues es el caso que me la encontré; no recuerdo lo que la dije, el cuento es que tomé varas; naturalmente, en seguida la ofrecí el brazo y seguimos andando, andando: yo creo que dimos muchas vueltas á una misma manzana.

—Eso es muy poético, un paseo á luz de la luna.

—¡Qué luna ni qué niño muerto! Yo no me fijé en eso.

—Lo creo; tampoco yo me hubiera fijado; pero en fin, ¿qué pasó?

—Que yo no pude contenerme más... ¡si vieras que mujer! fui y me declaré en regla y de sopetón.

—Muy bien; así se hace... en Cuenca, sin andarse por las ramas. Y ella ¿qué te dijo?

—Pues yo te diré: no me dijo que no, pero tampoco que sí.

—Pues entonces interprétalo como mejor te convenga; en caso dudoso, se escoge siempre lo que á uno le parece.

Agente general para los anuncios franceses: M. F. Mus, Rue Alfred-Stevens, 9, París.

GUERLAIN DE PARIS

ARTICULOS DE PERFUMERIA RECOMENDADOS

Agua de Colonia Imperial. — Sapoceti, jabon de tocad. — Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba. — Crema de Fresas para suavizar el cutis. — Polvos de Cypris para blanquear el cutis. — Stibolide cristalizado para los cabellos y la barba. — Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar la cabeza. — Primavera de España. — Pao Rosa. — Mariscal Duquesa. — Rosa y Clavel. — Heliotropo blanco. — Exposición de París. — Ramillete imperial Ruso. — Perfume de Francia. — Agua de Cidra, agua de Chipre y agua de Colonia Imperial Ruso para el tocad. — Alcoholado de Coclearia para la boca y los dientes.



PARIS

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps Pídase

EL MAGNIFICO ALBUM ILUSTRADO redactado en Español ó en Francés, encerrando 554 grabados inéditos de Vestidos, Confecciones, Artículos para Señoras, Trajes para Caballeros y Niños eta, como tambien la nomenclatura de todos los tejidos de Sederias, Lanerías, Indianas, Pañerías, Telas de hilo, eta, eta; que

Acaba de salir á luz

Y que remitimos GRATIS Y FRANCO á quien nos la pida en carta franqueada dirigida á

MM. JULES JALUZOT & C^{ie}
á Paris

Se envían igualmente gratis, las muestras de todos los tejidos de componen los inmensos surtidos del PRINTEMPS (Específicarnos bien las clases y precios).

Casas de reexpedición en IRUN (España) y HENDAYA (Francia).

Todo pedido, cuyo valor llegue á 50 pesetas, es expedido libre de portes contra desembolso, ó sea á pagar al recibir la mercancía, á cualquier estación del Ferro-Carril, mediante un recargo de 5 0/0 sobre el total de la factura ó libre de portes y de derechos de aduana mediante el de 25 0/0.

Nuestras Casas de reexpedición de Irun y Hendaya están especialmente encargadas de las formalidades de la Aduana y de la reexpedición de los bultos, que llegan siempre al punto de destino sin necesidad de que nuestros parroquianos se cuiden de nada.

LOS GRANDES ALMACENES DEL **PRINTEMPS** DE PARIS **NO TIENEN SUCURSALES** ni en Francia, ni en España

VALENTIN GALVEZ
Puerta del Sol, números 10 y 12.
(Cuantes de piel de cabrito, cordero, castor, Suecia, de hilo y de seda.
Corbatas, tirantes y ligas.
Novedades del país y extranjeros.
Objetos para regalos.

La farmacia de Moreno
Miquel tiene siempre á la disposición del público el surtido más completo de todo cuanto posee la ciencia. Se despacha de día y á todas horas de la noche.



Arenal, 2, Madrid.

Frasco + 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pose y conserva el cutis limpio y terso

FRANCKES
B^{is} St-Denis, 26

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

Aperitivos, Estomacales, Purgantes
Depurativos
Contra la Falta de Apetito
el Estreñimiento, la Jaqueca
los Vahidos, Congestiones, etc.
Dosis ordinaria: 1 á 3 granos
Noticia en cada caja
Exigir los Verdaderos en CAJAS
AZULES con rótulo de 4 colores y
el Sello azul de la Unión de los
FABRICANTES.
Paris, Farmacia Leroy y principales L^{as}

VERITABLES
GRAINS
de Santé
du docteur
FRANCK

600 A 1.000
Pesetas de beneficio al mes

podrán obtenerse con solo un capital de 250 pesetas, expendiendo un artículo exclusivo de primera necesidad universal, privilegiado y premiado. Las personas formales que puedan cumplir las condiciones exigidas, recibirán inmediatamente instrucciones detalladas con solo indicar su dirección con exactitud y claridad; dirigirse á **M. Richard Schneider**, inventor y fabricante en Paris, Rue d'Armaille, 22, en PARIS

Recompensa de 16,600 francos á Laroche

QUINA LAROCHE
FOSFATADO

Sumamente necesario á las Mujeres en cinta y á las Nodrizas, á quienes aumenta la calidad de la leche. Abre el apetito, facilita el desarrollo y la dentición de los Niños.

Reemplaza el Aceite de Hígado de Bacalao contra el Raquitismo, reblandecimiento de los huesos, los Ganglios, el Linfatismo.

PARIS, 22, rue Drouot, y en las Farmacias de esta

CARABAÑA

España. Grande honra para el suelo que produce sus aguas minero-medicinales. En la gran Exposición concurso internacional de Bruselas (Bélgica) acaban de obtener las Aguas de Carabaña el gran Diploma de Honor.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE
Polvo de Arrozo especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por **CH. FAY**, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS

PARA TENER LA BOCA SANA, HERMOSA Y FUERTE, usen la

MENTHOLINA DENTÍFRICA

ó Elixir Alemán, del Dr. Gutter, importado y preparado por el Dr. ANDREU de Barcelona, autor de la Pasta pectoral é infalible.

Con este dentífrico se logra siempre: 1.º Calmar el dolor de muelas; 2.º, quitar el sarro; 3.º, curar la fetidez del aliento; 4.º, emblanquecer la dentadura; 5.º, curar á tiempo el escorbuto; 6.º, aromatizar y poner fresca la boca, y 7.º, fortalecer los dientes y muelas dando vigor á las encías, que las hace fuertes é insensibles á las bebidas frías ó calientes.

Todo el que estime en algo la salud y belleza de la boca, debe usar la Mentholina, y los padres debieran acostumbrar á sus hijos como medida altamente saludable é higiénica.

El sabor y olor son tan exquisitos y agradables, que á la par que gran remedio, es artículo de recreo y adorno para la mesa ó el tocad. Un frasco vale 6 rs., id. doble con caja y cepillo 10 rs., id. extra, cabida de 8 frascos dobles para familias numerosas, colegios, conventos, etc., etc., 60 rs. La Mentholina en polvo aumenta la belleza y blancura de los dientes. Caja, 5 rs. De venta en las buenas farmacias de España y de todas las Américas.

NUEVO TRATAMIENTO Y CURACION DE LAS Enfermedades del Estomago, de los Intestinos, del Pecho, Languidez, Anemia, etc.

VINO PEPTONA CATILLON
(Carne asimilable y Fosfatos organicos)
Alimento de los Enfermos que no pueden digerir.
Poderoso Reparador de las Fuerzas debilitadas por la Edad, la Fatiga, las Fiebres, el Amamantamiento, la Crecencia de los Niños y de las Jovenes, etc.
Paris, bou^{levard} St-Martin, 3 et Ph^{armacie}

MEDALLA EXPOSICION UNIVERSAL 1878

Anti-Epidémico Desinfectante Higiénico

PHENOL-BOBŒUF
PREMIO MONTYON acordado por el Instituto de Francia
Medallas de Oro y Diplomas de honor

PHENOL-BOBŒUF PERFUMADO
La mas higiénica de las Aguas de Tocado

Higiene de la Boca y Conservacion de los Dientes CON EL EMPLEO DEL

DENTIFRICO DE PHENOL-BOBŒUF
En Frascos y Medios-Frascos

JABON DE PHENOL-BOBŒUF
En Cajitas de tres Pastillas

61, Faubourg Poissonnière, PARIS (Antigamente 7, rue Coq-Héron)
Depósito general de PRODUCTOS HIGIENICOS
DEPÓSITO: EN CASA DE LOS PRINCIPALES NEGOCIANTES

Se administran casas con economía. Hay fianza y toda clase de garantías. En la Administración de esta Revista, Almirante, 2 quintuplicado, darán razón.

EXPOSITION UNIVERS^{elle} 1878
Médaille d'Or Croix de Chevalier
LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES

AGUA DIVINA
E. COUDRAY
LLAMADA AGUA DE SALUD
Preconizada para el tocad., conserva constantemente la frescura de la Juventud, y preserva de la Peste y del Cólera morbo.

ARTICULOS RECOMENDADOS
PERFUMERIA A LA LACTEINA
Recomendada por las Celebridades Médicas.
GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.
OLEOCOME para la hermosura de los Cabellos.

SE VENDEN EN LA FABRICA
PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS
Depósitos en casas de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.

LA PATE EPILATOIRE DÜSSER

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis, aun el más delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personajes del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la excelente calidad de esta preparación. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.

DÜSSER, Inventor, 1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (En América, en todas las Perfumerías.)
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerías PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías LAFONT, etc.